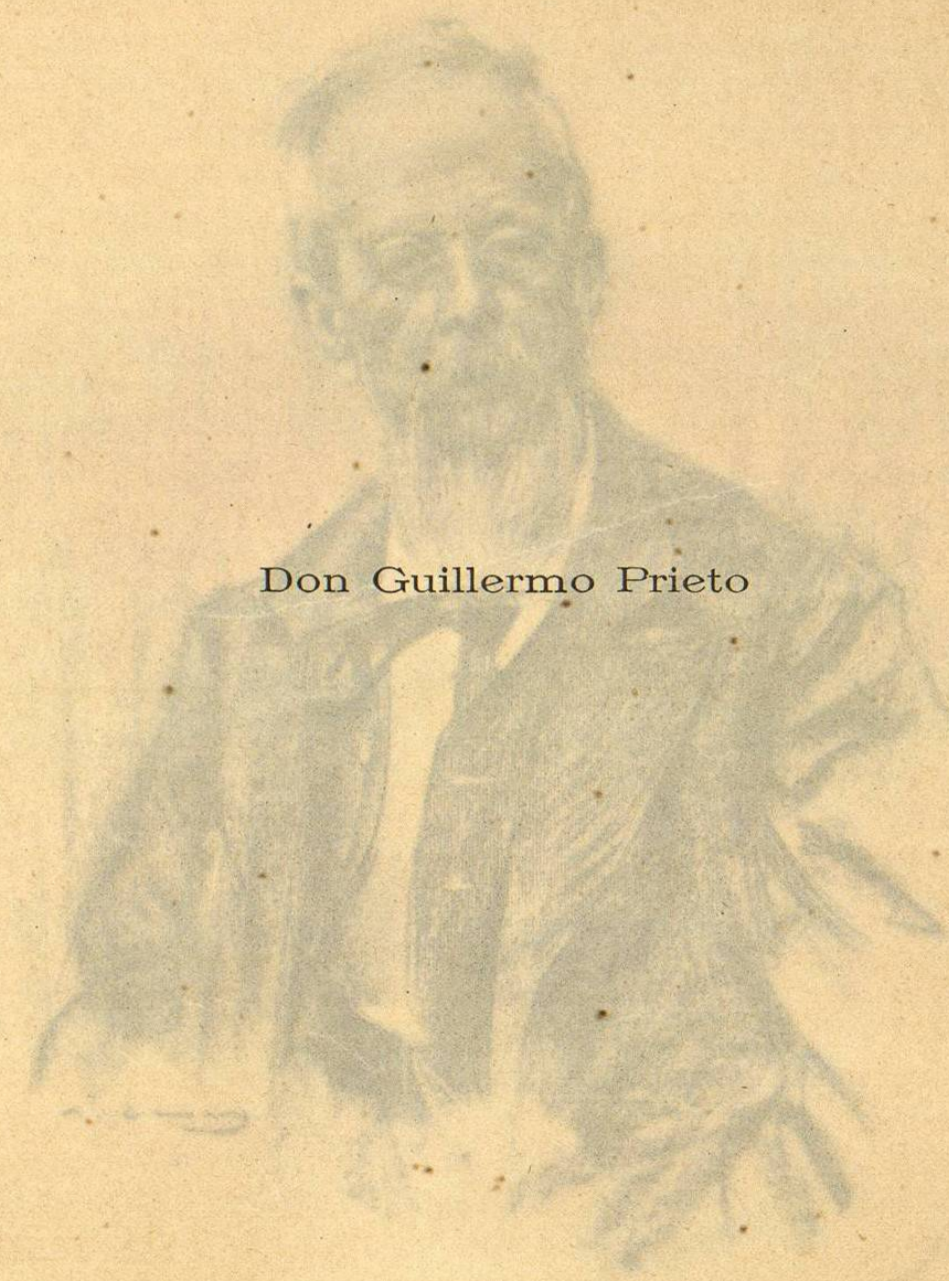


enfrenados, que clamaban á porfía : «¡Muera la Guardia nacional! ¡Muera la Constitución de 57! ¡Viva el ejército!» Esos gritos condensaban todo el programa positivo de la reacción militante.

El primer cuidado de Landa fué despachar correos á Osollo participándole que Juárez estaba en su poder, y este jefe se apresuró á transmitir la noticia á Méjico. La verdad es que en la capital se le dió poca importancia; lo que interesó vivamente fué el triunfo de Salamanca; en cuanto AL INDIO ESE, muerto ó vivo, ¿qué más daba? Landa notificó á los prisioneros que iba á tomar sus disposiciones para pasarlos por las armas, y proveyó á la defensa del Palacio. Creía el rebelde que Parrodi andaba fugitivo y que pronto EL EJÉRCITO estaría en Guadalajara... El gobernador Camarena, el jefe político y los jefes de la Guardia nacional procuraron y lograron aislar el movimiento y batían sin cesar á los pronunciados. Pero en cuanto llegó á noticia de Landa que Parrodi con dos mil hombres se retiraba rápidamente hacia Guadalajara, comprendiendo que Osollo ya no podría darle alcance, se sintió perdido y, primero con amenazas que rechazó con tranquila serenidad Juárez, y luego sacando á relucir consideraciones humanitarias, logró que el Presidente y sus compañeros suplicasen al gobernador Camarena que tomase en cuenta la posibilidad de un armisticio. Aceptado éste, trataron los comisionados respectivos sobre las condiciones en que quedarían en libertad el Presidente y los ministros, y en lo más empeñado de las conversaciones, el estridor de la fusilería y los gritos en Palacio lo interrumpieron todo. ¿Qué pasaba? Un joven demagogo, lleno de corazón y de impulso, Cruz-Aedo, tan ardiente en la tribuna como temerario en el combate, sin conocer el armisticio, se propuso, con un puñado de nacionales, sorprender el Palacio y poner en libertad al Presidente. Esta terrible imprudencia estuvo á punto de acarrear el más trágico de los desenlaces; ciegos de ira al sentirse atacados con felonía, según pensaban, algunos oficiales subieron corriendo al lugar en que estaban los prisioneros, gritando MUERAS y penetraron en él con un pelotón de soldados. Muchos pretendieron ponerse en salvo y con ellos al Presidente; éste, de pie junto á una puerta, al ver á los soldados tender los fusiles, alzó tranquilo la cabeza para que la muerte lo hallase impasible como la vida lo había visto siempre. Detrás de él se agolpaban algunos ministros; otras personas quedaron clavadas, por la sorpresa, de espaldas á la pared. (Uno de éstos, el entonces teniente coronel D. Refugio González, me contó el suceso tal como lo refiero.) Todo fué instantáneo; la actitud de los soldados, los gritos del desaforado Peraza, las voces de mando de Filomeno Bravo y la gran voz de Guillermo Prieto, que, surgiendo de improviso, detuvo con el ademán imperativo de los tribunos de raza pura, el supremo gesto de muerte del oficial. Y con las manos tendidas hacia las bocas de los fusiles y cubriendo con el cuerpo al Presidente, dijo algunas palabras entrecortadas por la intensidad de la emoción; á medida que los fusiles cambiaban de dirección y que el silencio de todos crecía, los vocablos «sois unos valientes, los valientes no asesinan, sois mejicanos, éste es el representante de la ley y de la Patria», se tornaron en germen de magníficos y palpitantes períodos de una arenga que desarmó á los soldados, que subyugó á los oficiales, que animó á todos... Era el efecto, casi físico, de aquella voz mu-



Don Guillermo Prieto







sical, comunicadora como ninguna de emoción, que estaba hecha para penetrar en el corazón del pueblo, de donde salían aquellos hombres. Cuando Landa llegó, el peligro había pasado. No llegó á tiempo para asegurarlo, sí para asegurar que no se renovarfa.

☪ Ante una derrota que de seguro iba á poner temporalmente, no sólo el Bajío, sino todo el Estado de Jalisco en poder de la reacción, no habfa más que un camino racional : colocar fuera del alcance de las peripecias de la guerra, en cuanto fuere posible, la personalidad que era la única reliquia viva de la Constitución muerta y el único germen posible de la Constitución rediviva. Cuando en su artículo 128 el pacto federal decía que la Constitución no perderfa su fuerza y vigor, aun cuando por alguna rebelión se interrumpiese su observancia, se referfa, sin duda, á una fuerza latente, á una especie de virtud en potencia difusa en el pueblo, pero de mayor trascendencia, si se personificaba en un hombre, porque entonces el paso entre dos estados de vida plena, al través del período de inobservancia, se verificaba sin solución de continuidad. Este hilo de unión era Juárez; romperlo equivaldrfa á la vuelta al estado caótico; si existiendo él y encontrándose en él todo el derecho emanado de la Constitución, ésta estuvo á pique de naufragar, no por los ataques de los adversarios, sino por las tremendas vacilaciones de los constitucionalistas mismos, ¿qué habrfia pasado si hubiese faltado el magistrado que contenfa en sí mismo, por ser la única emanación superviviente de la ley, todos los derechos perdidos, todos los deberes desvanecidos? Así lo vieron muy bien, lo vieron muy claro los liberales en aquel momento; después han podido ofuscarse y empañarse estas verdades; entonces los únicos que acabaron por mostrar un despecho rabioso de que el Presidente se hubiese puesto en salvo y parapetado en Veracruz, fueron los reaccionarios; se llegó á reprochar á Juárez, á un civil, al Presidente civil por excelencia, el no haberse quedado á correr la suerte de las batallas y á formar LA IMPEDIMENTA del general Degollado: esta ocurrencia es estupenda; no debe ni contestarse, ni calificarse apenas.

☪ Juárez tuvo evidentemente instantes en que, no sólo no vió la muerte con miedo (el miedo á la muerte no es propio de su raza, ni en general de la familia indígena), sino que debió de sentir en aquella brega sin salida casi, todo lo que en la muerte habfa de libertad y descanso, y le presentó su rostro impávido y serio en Guadalajara é intentó dar dos pasos hacia ella en Santa Ana Acatlán, en donde Landa tornó á amagarlo, para capturarlo, ahora sí, definitivamente, y ganar con su presa la faja verde de general.

☪ Porque todo se precipitaba; Landa, en virtud de lo pactado con Camarena, salió de Guadalajara con los honores de la guerra, digamos así; esperaba, merodeando por el Sur, pero sin apartarse de la capital de Jalisco, el momento de unirse á sus correligionarios; cuando supo que una fuerza salfa en su persecución para despejar el camino del Presidente, que se dirigia á Colima, la dejó pasar y cayó en Santa Ana Acatlán sobre Juárez y su escolta. Iniestra, que la mandaba, organizó



la defensa en unión de Leandro Valle, joven oficial que, de vuelta de un viaje á Europa, había abrazado con todo el ímpetu de su alma la causa democrática, á pesar de sus ligas de afecto creadas en el Colegio Militar con el ya general Miramón, y que, desde aquellos días hasta su heroica y trágica muerte, no desmintió un instante ni su devoción por los ideales reformistas ni la exaltación risueña y exuberante de su temperamento, compuesto de buen humor y de bravura. Landa renunció á apoderarse aquel día del Presidente; LA GUERRILLA DE LA PLUMA, como Valle llamaba á los pocos empleados que seguían á Juárez, había cumplido bizarramente con su deber, secundando los esfuerzos de los militares; jóvenes burócratas hubo, llenos de timidez y que tenían el aspecto de simples RATAS DE OFICINA (D. Matías Romero, que luego prestó, como ministro nuestro en Washington, tamaños servicios á la República, v. g.), que supieron batirse como si toda su vida hubieran sido soldados.

☛ Había en aquella tremenda crisis mucho fango removido de intereses mezquinos, de codicias brutales, de necesidades egoístas, de pasiones bajas; pero el esplendor puro de las ideas en lucha se reflejó en bastantes conciencias, y jamás ha presentado nuestra historia, desde el maravilloso quinquenio que se cerró con el cadalso de Ecatepec, tanto amor al sacrificio, tanto desinterés y noble idealidad, entrando como elemento de primer orden en el conflicto de almas que, dolorosamente salpicado de sangre y lágrimas, se llamó «la guerra de tres años». Bajo este aspecto moral le es bastante inferior el período de la Intervención francesa. ☛ Seguramente el ataque infructuoso de Landa iba á renovarse y esta vez con casi seguro buen éxito; así opinaba el general Iniestra, así se lo dijo á Juárez; resolvió éste no huir, aunque aconsejó á sus ministros que se pusieran en salvo; prefirieron todos correr la suerte del Presidente, que había decidido compartir la del pequeño grupo armado que lo rodeaba; por apego á aquellos bravos, ¡por cansancio y repugnancia á la fuga, por uno de esos paréntesis que hay en la vida de los hombres de acción, en que se abandonan al azar, al destino y esperan, inhibidos, la liberación suprema de la muerte! ¡La tarea era compleja y tan larga, tan difícil, tan vasta, no digo para un hombre, sino para dos generaciones de hombres, que abrumaba el peso de tamaña responsabilidad y más valía prescindir muriendo...! Landa no renovó el ataque y el Presidente y los suyos siguieron el camino de Colima.

☛ El día de Santa Ana Acatlán fué decisivo para la reacción; allí el destino le presentó la oportunidad de hacer suya nuestra historia por un largo período, y con soberana imprevisión desdeñó la oportunidad y el tumbo de dados que le dió el número más alto. Bastaba que Landa hubiese cortado la retirada á Juárez aquella noche, lo que no hizo porque no quiso; bastaba que Osollo hubiese destacado un regimiento de caballería, que en una sola etapa se habría reunido á Landa, y, con la captura de Juárez, meten en un cuartel de la capital, por tiempo indefinido, la bandera de la Constitución. ¡Se habría perdido una generación entera para el triunfo de la Reforma! ¿Por qué no lo hicieron? Porque daban muy poca importancia á Juárez; porque para los criollos Miramón y Osollo, Juárez era EL INDIJO JUÁREZ, y un indio era un ente que siempre podría ser eliminado á

tiempo; porque no despreciarlo habría sido despreciarse á sí mismo. Y lo dejaron partir. ¡Felizmente!

☛ En Colima supo Juárez que Parrodi, desertando su deber, había entregado los restos del ejército de la coalición á Osollo y se había retirado á la vida privada. Este Parrodi, pacato, religioso y honrado, en el sentido vulgar de la palabra; que no era, como ya dijimos, una cantidad apreciable como militar, sino tan sólo un administrador militar, no era el hombre de aquel momento, ni de aquellas circunstancias; no era un hombre perceptible en aquella gigantesca tormenta; entonces los generales tenían que ser caudillos y los caudillos apóstoles y los apóstoles mártires. ¿Había un hombre así? Juárez hizo de D. Santos Degollado un dictador militar. Éste era el hombre.

☛ El gobernador de Veracruz, Gutiérrez Zamora, un momento ofuscado por su devoción á Comonfort, había aceptado el plan de Tacubaya; pronto los liberales veracruzanos, Emparan, La Llave, Díaz Mirón ejercieron gran presión sobre él para hacerlo volver de su error; el resultado fué que, en Abril de 58, ya Veracruz se había ofrecido á Juárez y la reacción había enviado sobre ella á un buen perito militar, al general D. Miguel Echagaray, que tomó lentamente medidas para conquistar aquella ciudad inconquistable para nuestros elementos de guerra entonces, sobre todo si no se lograba dominar el mar. Juárez se embarcó á mediados de Abril en el Manzanillo. Degollado quedaba investido con el ministerio de la Guerra y la suprema jefatura del ejército, CON FACULTADES OMNÍMODAS, como se decía, en Guerra y Hacienda, y amplísimas en los otros ramos; el proconsulado militar de Degollado abarcaba la República entera. D. Pedro Ogazón, un civil, pero que por su silenciosa, modesta y seca entereza parecía llamado á ocupar un puesto importante en los sucesos de Occidente, fué nombrado gobernador de Jalisco; los sucesos se encargaron de hacer buenos aquellos nombramientos de personas casi ajenas al ramo militar. Cierto, era esto audaz y era fuerte y tenía un imponente sello de grandiosa imprudencia, en los momentos en que la suerte del país, sin que en ello haya retórica de ningún género, iba á depender del duelo, cada vez más trágico y sangriento, entre el ejército veterano perfectamente homogéneo y superiormente mandado, y las tropas colecticias, guardias nacionales, más armadas de entusiasmo que de cañones, de que disponían los liberales, amén de los enjambres de guerrillas que ya pululaban en los surcos abiertos por la guerra civil y que servían la causa liberal sembrando dondequiera el exterminio y el terror. Á los nombres de Rojas y Rochín, es fama que hasta los animales temblaban en las aldeas y rancherías como cuando los apaches se acercaban á los aguajes de la frontera. Mas la decisión de entregar á los civiles el mando del ejército, era obra natural de un presidente civil; otros habíamos tenido, pero ninguno tan neta, tan forzosamente civil como Juárez; Juárez había nacido de un movimiento político contra el ejército que Comonfort quiso enfrenar ponien-